

# PERROS QUE HICIERON HISTORIA



Togo junto a Leonhard Seppala. wikipedia

Algunas veces el hombre necesitó una mano, y lo que halló fue una pata... ¡No le pudo ir mejor!

Por VÍCTOR M. FALCÓN GARCÍA

**R**ESULTA común calificar al perro como el mejor amigo del hombre. Se trata de un epíteto con el que siempre –incluso desde nuestros antepasados– se ha identificado a la mascota canina en todas partes. Esa frase tiene una razón histórica, pues además de las cualidades que lo definen como animal noble

y fiel, el cánido ha demostrado en múltiples hazañas, a lo largo de siglos, su respeto y lealtad a los humanos. He aquí algunos de esos momentos en los que el hombre necesitó una mano, y obtuvo una pata... ¡No le pudo ir mejor!

Pareciera una trama novelesca de Jack London: en pleno invierno de 1925, una enfermedad

bacteriana contagia a los niños de Nome, un pueblo de la fiebre del oro al noroeste de Alaska, que había quedado aislado entre un mar congelado y un terreno salvaje bajo la nieve. La única esperanza de 1 000 residentes es un plan impreciso para traer la medicina desde una parada de ferrocarril en Nenana, al otro lado de las montañas, a 2 100 kilómetros de Nome. Para eso es inevitable sortear una ruta traicionera y una de las peores tormentas invernales vividas jamás. Y todo, a contrarreloj, en trineos tirados por perros.

Ese relato no es ficción. La carrera del suero –así la llamaron– tuvo tal repercusión en Estados Unidos que se ha multiplicado en libros, filmes y estatuas. Aquel evento puso a prueba la fuerza, el coraje y la determinación de un hombre, el noruego Leonhard Seppala, y en especial, de su perro líder.

El husky siberiano Togo –le pusieron el nombre por el almirante japonés Heihachiro Togo– nació en 1913. Tenía un color moteado que daba a su pelo un aspecto mugriento, y al inicio fue criado por Constance, la esposa de Seppala. Su futuro en las carreras caninas no parecía muy prometedor, pero su temperamento dispuesto, destreza para hallar la distancia más corta entre dos puntos, lealtad al amo e innato liderazgo, condujeron a que su *musher* (guía de trineo) terminara colocándolo a la cabeza del equipo. Ambos se volvieron inseparables y se salvaron mutuamente en múltiples expediciones.

Cuando arreció el brote de difteria, Seppala era ya un corredor famoso en toda Alaska –“Rey del sendero”, lo llamaban–, lo mismo que su astuto Togo, era venerado como perro guía. Por eso fueron convocados para asumir el mayor peso en la conocida “gran carrera de la misericordia”, diseñada para realizarse por tramos.



Estatua a Balto en el Parque Central de Nueva York. wikipedia

Se fueron pasando el cargamento de 300 000 unidades de antitoxina 20 mushers. A Seppala y a sus perros, liderados por el husky siberiano de 12 años, correspondió cubrir el tramo más largo y peligroso. Si bien era un atajo para ganar tiempo, estaba repleto de ásperas colinas nevadas en las cuales los perros apenas encontraban puntos de apoyo y por lagos congelados donde el hielo traicionero crujía bajo las uñas.

Bastante agotados, finalmente Seppala y compañía entregaron las medicinas al musher Gunnar Kaasen y su perro guía Balto. Fue este el equipo que entró en Nome con el ansiado cargamento, sin romper una sola ampolla. Los diferentes trineos cruzaron 1 085 kilómetros en cinco días y medio, lo que se consideró un récord mundial debido a la inclemencia de las condiciones.

Por la emoción del momento cumbre la prensa acentuó a

Balto como el rostro de la hazaña. A tanto llegó el homenaje que se le erigió una estatua en el Central Park de Nueva York. Para pasar sus últimos días fue llevado al zoológico de Cleveland, donde falleció en 1933, con 14 años.

Mientras el mundo vitoreó el nombre de Balto, la población de Alaska ovacionó el de Togo, el gran héroe de la carrera del suero. Este se retiró en Poland Spring, Maine, allí se le practicó la eutanasia para aliviar los males de la vejez en diciembre de 1929. Tenía 16 años. Sus restos se conservan hoy en el Museo de Historia Natural de la Universidad de Yale y a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, se les nombró como nueva raza: el husky seppala, en honor también a su musher. Se les tiene como los mejores canes para trineos. En el 2011, la revista **Times** le otorgó a Togo el título de “animal más valiente de la historia”.

### Fieles hasta la muerte

Barry es conocido como el perro San Bernardo más famoso de la historia (aunque ciertamente era más pequeño que los ejemplares de la raza actual). Se cuenta que entre 1800 y 1812 vivió en el Hospicio del Gran San Bernardo, en la frontera entre Suiza e Italia. Allí ayudaba a los monjes a socorrer a peregrinos accidentados, aportando su notable desenvolvimiento y sentido de orientación en la nieve. Se le acredita haber salvado decenas de vidas.

Su historia y nombre han sido utilizados en obras literarias; mientras su cuerpo embalsamado se expone en el Museo de Historia Natural de Berna, y en el cementerio de los perros, cerca de París, un monumento inmortaliza su imagen de rescatador.



Monumento a Barry en el cementerio de los perros cerca de París. wikipedia



Hachiko era un can japonés de la raza akita, que cada mañana acompañaba a su amo, el profesor Eisaburo Ueno, a la estación de trenes de Shibuya, donde lo observaba comprar el boleto e irse en tren rumbo al trabajo. El perro acostumbraba a sentarse en la plaza y esperar a que su dueño regresara.

En mayo de 1925, mientras impartía clases en la Universidad de Tokio, el profesor Ueno sufrió una hemorragia cerebral y murió. Esa, como todas las tardes, Hachiko esperó ansioso el retorno de su amo. Pero este nunca volvió. El animal se quedó a vivir frente a la estación durante los siguientes nueve años.

Tal rutina, que había delimitado la vida de ambos, no fue inadvertida para los asiduos al



Hachiko, su escultura en bronce cerca de la estación de Shibuya, Japón. bartjapanworld.blogspot.com



Nevado junto al indio Tinjacá. flickp.com

lugar. Por lo que las personas lo cuidaron y alimentaron y hasta le levantaron una estatua de bronce. El propio Hachiko estuvo presente. En marzo de 1935 fue encontrado muerto al pie de su propia estatua, frente a la estación, donde aguardó a su amigo casi una década. El cine tampoco ha podido esquivar la triste y bella historia de este perro, bien vale decir: fiel hasta la muerte.

Nevado fue el perro de Simón Bolívar. También conocido como Simoncito, era de raza mucuchies, de color negro, pero con las orejas, el lomo y la cola blancos. Le fue regalado al Libertador por un campesino del pueblo de Mucuchies, Mérida, después de la batalla de Niquitao, durante la Campaña Admirable, en 1813.

Cuenta la historia que Bolívar se comunicaba con él a través de silbidos que le había enseñado el indio Tinjacá (al que todos llamaban “edecán del perro”). Nevado, que viajaba en un canasto especial, acompañó durante ocho años a Bolívar en travesías,

batallas y hasta en su entrada triunfal a Caracas... Finalmente, el can y su cuidador, el indio Tinjacá, fueron muertos a lanzazos por los españoles en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821. Se dice que el Libertador no pudo ocultar su aflicción.

En Cuba hay leyendas similares en torno al mejor amigo del hombre, aunque en este caso sería de la mujer. La estadounidense Jeannette Ford Ryder, no solo es célebre por ser una gran benefactora en La Habana, sino por su perro Rinti. Al fallecer la dama, a los 65 años, su fiel mascota se echó al lado de la tumba en el cementerio de Colón, y por más que los empleados intentaron espantarlo, siempre regresaba. Día tras día, y sin comer apenas, Rinti fue muriendo, de tristeza afirman algunos. A la postre, el Bando de Piedad contrató al escultor Fernando Boada para que edificara la escultura yacente que allí puede verse hoy, junto al singular epitafio: *Fiel hasta después de muerta. Rinti.*



Escultura de Rinti a los pies de Jeannette Ford Ryder en el cementerio de Colón. [todocuba.org](http://todocuba.org)



Monumento en honor a Laika en Moscú. Alexéi Nikolski-Sputnik

**La cosmonauta**  
Hace más de 60 años, un ser vivo dejó, por primera vez, el planeta Tierra rumbo al espacio sideral: la perra Laika. Desde que era niño esa perrita llamó mi atención. Fue lanzada en el satélite soviético Sputnik 2, el 3 de noviembre de 1957.

Laika, originalmente llamada Kudryavka (en ruso: “pequeña de pelo rizado”), fue seleccionada por su carácter despierto y dócil entre un grupo de perros recogidos en las calles de Moscú, pues se consideraba que los callejeros tenían mejor capacidad de adaptación que los de pedigrí. Se le sometió a entrenamiento casi como un astronauta: se le alimentó con comidas a base de gelatina, se le colocó en jaulas cada vez más pequeñas para acostumbrarla a la cápsula presurizada de 80 centímetros de largo, y se le habituó a los ruidos de una nave espacial.

Desafortunadamente, entonces la tecnología espacial apenas arrancaba y desde la salida la misión de la pequeña

“can-tronauta” estaba signada por el sacrificio. Después de seis horas del despegue, los sensores registraron una parada cardíaca. Laika murió debido al sobrecalentamiento de la cabina y el estrés. El Sputnik 2 dio 2 370 vueltas en órbita y se desintegró sobre las Antillas al ingresar en la atmósfera el 14 de abril de 1958, con el cuerpo de su pasajera.

El sacrificio de Laika proporcionó a los científicos los primeros datos sobre cómo los organismos vivos reaccionan al entorno sideral y allanó el camino para los viajes de humanos. En su honor, el 11 de abril de 2008 las autoridades rusas develaron un monumento cerca del centro de investigación militar en Moscú, donde se preparó a la perrita. La figura de bronce, de dos metros de altura, representa un segmento de un cohete que se transforma en una mano, sobre la cual brota Laika. Merecido recuerdo que pudiera extenderse a incontables perros en el orbe.